



natural á que podemos llegar, al ver una afinidad tan extraordinaria entre lenguas separadas por tantos centenares de leguas, es que hay que admitir un centro comun de civilizaci6n, de donde todas han salido en direcci6n divergente (1).

En segundo lugar, cuanto mäs se fija la atenci6n en el estudio de las lenguas americanas, mäs sujetas se las halla á las leyes de las otras familias, de suerte que esta grande y única familia propende cada día á subdividirse en grupos considerables, que tengan afinidades más íntimas entre sí, que con la gran divisi6n de que forman parte á su vez. Así los misioneros observaron desde luego que ciertas lenguas podian considerarse como la clave de otros dialectos; de manera que, cuando se poseian aquellas, se entendian prontamente las otras. Me acuerdo que Hervás hace esta observaci6n en una parte, y las investigaciones siguientes la han confirmado completamente. Por eso Balbi, en su estado de las lenguas americanas, ha podido dividir las en ciertas grandes secciones, que encierran cada una muchas dependencias.

Véase, pues, aquí destruida de un modo satisfactorio la objecci6n que se sacaba contra la unidad de las naciones americanas, de la multiplicidad de sus lenguas, y destruida por el mismo estudio que la habia producido; tambien queda desvanecida la dificultad de que estas naciones pudiesen corresponder al tronco comun de los habitantes del antiguo mundo. Pero la colecci6n y la comparaci6n de los hechos conexos con las investigaciones lingüísticas, me conduce á un resultado último, igualmente satisfactorio, porque ya vereis que todavía tenemos que explicar la semejanza de los dialectos que hablan ciertas naciones ó tribus limítrofes y compuestas de pocos individuos. Y se ha observado que este fenómeno no es de ningun modo peculiar á la América, sino comun á todos los países no civilizados. Si no tuviéramos otro criterio de la unidad de origen que el lenguaje, experimentaríamos tal vez alguna dificultad en el exámen de este punto; pero otra ciencia de que trataremos próximamente, y que confirmará de un modo admirable la conclusi6n que ahora saco, puede establecer ciertos caracteres, por los cuales se determinen con facilidad las relaciones entre tribus que forman unidad de casta. Y con todo se halla que en algunos casos en que no puede dudarse que unas hordas salvajes estuvieron originariamente reunidas, se origina entre ellas una variedad de dialectos tan completa y multipli-

(1) Vater.

cada, que no puede descubrirse ninguna ó muy poca afinidad. De aquí sacamos nosotros en cierto modo una regla: que el estado salvaje que tiene aisladas las familias y las tribus, donde el brazo de cada cual está siempre levantado contra su vecino, ejerce esencialmente la influencia contraria de la civilizaci6n, cuya tendencia s6cial es reunir; aquel estado introduce por necesidad una diversidad celosa é idiomas ininteligibles en las jergas que aseguran la independencia de las diferentes hordas.

En ninguna parte se ha examinado con más atenci6n esta potencia de desunión que entre las tribus de la Polinesia. «Los papuas ó negros» orientales, dice el Dr. Leyden, parecen divididos todos en Estados pequeños, ó más bien «sociedades que tienen poquísimas relaciones una con otra. De aquí es que su idioma está dividido en una multitud de dialectos, que han perdido casi toda semejanza andando el tiempo, por separaci6n, accidente ó corrupeci6n oral (1).» «Las lenguas, dice Crawford, siguen el mismo progreso. En el estado salvaje son muchas, en la sociedad perfeccionada pocas. «El estado del lenguaje en el continente americano ofrece una demostraci6n convincente de este hecho, y no ménos satisfactoriamente se explica en las lenguas de las islas indias. «Las castas negras que habitan las montañas de la península Malaya, en el estado más bajo y abyecto de la existencia social, aunque pocas en número, están divididas en gran porci6n de tribus distintas, que hablan otras tantas lenguas diferentes. Créese que en la poblaci6n dispersa y ruda de la isla de Timor no se hablan ménos de cuarenta dialectos diversos. En las islas de Enda y Flores tenemos tambien una multitud de idiomas, y no es improbable que se hablen muchos centenares de lenguas entre la poblaci6n caníbal de Borneo (2).» Los mismos hechos se observan en las tribus de Australia, que pertenecen á la misma casta, si se examina la lista de las palabras peculiares de cada tribu que nos ha dado el capitán King (3). Entre ellas se observa la mayor semejanza; sin embargo, algunas, como las equivalentes de ojo, son las mismas en todos estos dialectos, y sucede tambien, como en las palabras correspondientes á *cabe-llera*, que ciertas tribus inmediatas se expresan de un modo esencialmente diferente, y convienen las de islas muy remotas. Ahora, si estas

(1) *Asiatic researches*, vol. X.(2) *Hist. of the Ind. Archipel.*(3) *Narrative of a survey of the Intertropical and Western coasts of Australia*, 1826.

causas obran así en otras partes, deben ser mucho más poderosas en América, porque, como observa muy bien Humboldt, allí la configuraci6n del terreno, el vigor de la vegetaci6n y el temor de los montañeses de entre los trópicos de exponerse al calor ardiente de las llanuras, son obstáculos para la comunicaci6n, y contribuyen á la asombrosa variedad de los dialectos americanos. Esta variedad, segun se ha observado, es más reducida en las sabanas y en los bosques del corte que el cazador atraviesa fácilmente, á orillas de los grandes rios, en la extensi6n de las costas del Océano, y en todo país donde los incas habian establecido su teocracia con la fuerza de las armas (1).

Así pues, juzgo que en este ramo de sus investigaciones la etnografía ha llenado tambien su deber, primero reduciendo á una sola familia el número inmenso de dialectos americanos, y despues explicando por analogía su extraordinaria multiplicidad. Mas como el plan de estos discursos que os he trazado en bosquejo, no me traerá más á esta interesante parte del globo, ejercitaré todavía vuestra inteligencia para examinar las pruebas de la filiacion entre los habitantes de los dos mundos, de modo que se supla la falta del conocimiento etnográfico de sus idiomas.

Primeramente, tenemos las tradiciones de los mismos americanos que los representan como un pueblo emigrante que venia del Noroeste y se dirigia hácia el Sur. Los toltecas, despues de las siete tribus como las llaman, los tchetchenecas y los aztecas se representan todos en la historia mejicana como naciones sucesivas que iban llegando á Anahuac ó Méjico. En las pinturas jeroglíficas que representan las emigraciones de este último pueblo, se le ve, segun Boturini, atravesando el mar, probablemente el Golfo de California; circunstancia que no puede dejar duda respecto al rumbo que seguian. Estas tradiciones refieren además la llegada de colonos más recientes, que adelantaron grandemente la civilizaci6n de aquellas regiones. Entre ellos, es el más célebre Manco-Capac, como fundador de la dinastía y de la religion de los incas. Un escritor, siguiendo solamente su imaginaci6n, se ha aprovechado de esta circunstancia, y ha sacado de ella una historia completa de una conquista del Perú y Méjico por los mongolios (2).

(1) *Vista de las cordilleras* (en inglés).(2) Ranking, *Investigaciones históricas sobre la conquista del Perú y de Méjico, etc., en el siglo XIII, por los mongolios acompañados de elefantes*, Londres, 1827 (en inglés). El espíritu sistemático hace

Supone que Manco-Capac era hijo de Kublai, el emperador mongolio, nieto de Genghiskhan, á quien envió su padre con una flota contra el Japon. Una borrasca le dispersó de modo que no pudo regresar á su país, y el autor imagina que los vientos arrojaron las naves á la costa de América, donde el comandante se estableció como jefe. Por ingenioso y aun probable que esto sea, no satisfacen ni con mucho las pruebas que se dan para confirmarlo. Sin duda pueden hallarse muchas analogías entre los peruanos y los mongolios; pero es fácil señalarlos otros orígenes. Sin embargo, los datos cronológicos, la naturaleza de la religion que establecieron, y los monumentos que erigieron, no dejan duda que el Tibet ó la Tartaria fué el país originario de donde salió la emigraci6n de Manco-Capac.

En segundo lugar, el cómputo del tiempo entre los americanos, ofrece una coincidencia demasiado marcada en un método puramente arbitrario con el del Asia Oriental para que sea de todo punto accidental. La divisi6n del tiempo en grandes ciclos de años, subdivididos en porciones más pequeñas, cada una de las cuales lleva un nombre particular, es con ligera diferencia el plan adoptado entre los chinos, los japoneses, los kalmucos, los mongolios y los manchurios, como tambien entre los toltecas, los aztecas y otras naciones americanas; y el carácter de sus métodos respectivos es precisamente el mismo, con particularidad si se comparan los de los mejicanos y japoneses. Pero la comparaci6n del zodiaco, como existe entre los tibetanos, los mongolios y los japoneses, con los nombres dados por esta naci6n americana á los días del mes, creo que satisfará á los más incrédulos. Los signos idénticos son el tigre, la liebre, la serpiente, el mono, el perro y un pájaro; de todos los cuales es claro que ninguna aptitud natural podia haber sugerido su adopción en los dos continentes. Esta extraña coincidencia se aumenta tambien con el hecho curioso, que muchos de los signos mejicanos que faltan en el zodiaco tártaro, se hallan en los shastras indios exactamente en las posiciones correspondientes; y no son ménos arbitrarios estos que los primeros, una casa, una caña de azúcar, un cuchillo y tres huellas del pié (1);

incurrir al autor en algunos errores de cuando en cuando: así, pág. 419, invoca la autoridad de Humboldt en favor de una inscripci6n tártara que se dice hallarse en la bahía de Narranganset, cuando Humboldt desecha la historia como más que dudosa.

(1) Véanse las láminas comparativas, etc., en el tomo II de la *Vista de las cordilleras* (en inglés).



pero para tratar este punto de un modo conveniente, sería necesario entrar en pormenores más circunstanciados.

Por último, si todo llegase á faltarnos, las tradiciones precisas, transmitidas con tanta solitud por los americanos sobre la historia primitiva del hombre, el diluvio y la dispersion, tan exactamente conformes con las del antiguo mundo, deben alejar toda perplejidad respecto de su origen. Los aztecas, los mittecas, los tlastecas y otras naciones tenían innumerables pinturas sobre estos últimos acontecimientos. Tezpi ó Coxcox, como se llama el Noé americano, es representado en una arca que nada sobre sus aguas, y con él su mujer, sus hijos, muchos animales y diferentes especies de semillas. Cuando se retiraron las aguas, Tezpi envió un buitre, el cual, hallando los cuerpos de los animales ahogados adonde cebarse, no volvió. Despues de repetir la prueba con otras varias aves que no volvieron, el pájaro mosca vino al fin con una rama verde en el pico. En las mismas pinturas jeroglíficas se representa así la dispersion de la especie humana. Los primeros hombres despues del diluvio eran mudos, y se ve una paloma posada en un árbol dando á cada uno una lengua. La consecuencia de esto fué, que las familias, que eran quince, se dispersaron en diferentes direcciones (1). Esta coincidencia, que me recuerda que no es más que una digresion, bastaria por sí sola para establecer un eslabon de conexion íntima entre las naciones de los dos continentes. Pero en la realidad, las semejanzas entre estas tradiciones son tantas, tan extraordinarias y tan circunstanciadas, que en una obra de que debo decir unas cuantas palabras, se han insertado dos extensas y eruditas disertaciones para probar que los judíos primero, y luego los cristianos, colonizaron la América (2). La obra á que aludo es la coleccion verdaderamente régia de los monumentos mejicanos, publicada por lord Kingsborough, que es un tesoro de materiales para los que se dedican á este estudio. Parece imposible registrar estos volúmenes sin admirarse del carácter variado del arte que exponen á la vista. Las figuras jeroglíficas que representan la forma humana acurrucada ó en proporciones disformes, no tienen nada comun con los relieves esculpidos. Aquí vemos grandes figuras puestas en actitud guerrera, allí mujeres sentadas con las piernas cruzadas sobre monstruos de dos cabezas, con sus hijos en los

(1) Humboldt, *ibid.*

(2) *Las antigüedades de Méjico*, publicadas por A. Aglio.

brazos, el cuello adornado con collares de perlas, la cabeza coronada con un tocado cónico, alto, rematado á veces en algunos animales; en otro lugar hallamos la tortuga, emblema sagrado de la India; en otro vemos la serpiente enroscándose en el árbol, ó unos hombres á quienes amenazan tragar monstruos informes; de suerte que nos figuramos estar examinando la esculturas de alguna caverna indiana ó antigua pagoda (1). Y añadiré que el tipo de las fisonomías en estas esculturas no es de ningún modo americano, sino que recuerda grandemente á la imaginacion el primer estilo indiano. Despues tenemos otra clase de monumentos igualmente distintos, y que parecen estar en armonía con el arte egipcio. Tenemos pirámides construidas por el mismo modelo y destinadas al parecer al mismo objeto, y figuras con vestidos cerrados, de modo que sólo salen los piés por abajo y las manos á cada lado como las estatuas egipcias, mientras que el tocado rodea la cabeza y baja de cada lado echando hácia adelante unas orejas enormes; además de otras figuras arrodilladas, donde todavía es más marcado este adorno, en términos que, según observaba E. G. Visconti, pudieran haberse copiado del pórtico de Dendera, cuyos capiteles se parecen exactamente á aquellos. En las figuras de esta clase, la fisonomía no es de ningún modo la misma que en la primera, sino de un carácter más adecuado al estilo del arte (2).

¿Quién nos explicará este enigma? ¿Quién nos dirá si estas semejanzas son accidentales ó producidas por una comunicacion actual? Seguramente esto es todavía misterioso y está rodeado de nubes, y se necesitan aún muchos estudios para aclarar las anomalías, conciliar las contradicciones, y dar fundamento más estable á nuestra ciencia. Ni siquiera podemos superar las dificultades de esta naturaleza que se acercan á nuestros tiempos; por ejemplo, explicar cómo el palo del Brasil era, según lo ha probado Muratori, una de las mercaderías que pagaban derecho á las puertas de Módena en el año 1306, ó cómo el mapa de Andrés Bianco conservado en la biblioteca de San Marcos de Venecia, y construido en 1436, puede poner una isla en el Atlántico con el nombre mismo de *Brasile*. ¿Cuántas más dificultades tenemos que combatir cuando intentamos desmenujar el caos de los documentos primitivos, ó construir otra vez una historia de los

(1) Véase vol. IV, primera parte, figs. 20, 26, 27, 28, 32; *Muestras de esculturas mejicanas que posee el Sr. Lalour Allard en París*, fig. 15, part. III, fig. 8.

(2) *Ibid.*



primeros tiempos con algunos fragmentos de monumentos dispersos.

Para concluir, notaré que hay otros muchos problemas en la historia de las lenguas, que entran en los misterios de la naturaleza, y cuya solucion está envuelta en esas leyes ocultas de su constitucion que la sujetan á la composicion moral del mundo; porque podria uno preguntar: ¿cómo es que en las primeras edades se produjeron tan fácilmente unas lenguas que hasta ahora no han experimentado alteraciones? O más bien, ¿cómo sus primeras familias se dividieron tan pronto en dialectos, esencialmente fijos é independientes, al paso que con el progreso de los siglos no ha podido la especie humana formar casi más que dialectos de estos idiomas provinciales ó derivaciones manifiestas, que apenas tienen fuera de allí alguna fuerza de produccion? Porque el sanscrito, el griego y el latín, ó á lo ménos la lengua de que desciende, debieron recibir sus formas características tan marcadas en un período brevísimo despues de la dispersion; y en la familia semítica debió hacerse igualmente la separacion desde el origen. Pero nosotros podríamos preguntar también por qué la encina á poca distancia de sus raíces brota ramas robustas y gigantescas, cada una de las cuales parece bastante gruesa para formar otro árbol y tener su ramaje propio con su corona anual de tiernos renuevos, mientras que más arriba no puede producir sino una generacion ménos vigorosa, débil y en que parece casi consumida la fuerza procreante. Y verdaderamente hay una sávia en las naciones como en los árboles, una enérgica fuerza interior que propende siempre á levantarse, y saca nuevas fuerzas de las instituciones más sencillas, de las virtudes más puras y de la moral más sana. Mientras estas calidades forman el terreno en que un pueblo está en cierto modo arraigado profundamente, sus facultades casi no tienen límites; pero á medida que este terreno se altera ó aniquila, la nacion se debilita y decae. Ciertamente habia en el entendimiento humano un vigor sobrenatural comparado con el nuestro, cuando la poesia de Homero componia los cánticos de los rapsodas ambulantes, cuando unos jefes posteriores como Abraham podian viajar de nacion á nacion y hasta asociarse con sus reyes, y cuando un pueblo en la infancia inventaba y construía unos monumentos como las pirámides de Egipto.

Y si podemos hablar así de las naciones, ¿qué diremos del género humano entero, cuando toda su energía estaba concentrada en cierto modo en el reducido número de sus prime-

ros padres, cuando los hijos de Noé, que sólo distaban algunas generaciones de las tradiciones y lecciones del Eden, y poseian la sabiduría acumulada de los patriarcas, estaban preparados admirablemente para recibir las impresiones extrañas y nuevas que debia producir en ellos un mundo recién nacido con toda su novedad, y cuando ellos mismos, especie también nueva, luchando por un lado con los estragos de la última calamidad, y por otro con la exuberancia de produccion que debia resultar de aquí, debieron sentir una energía ilimitada en el pensamiento y la accion, una rapidez de comprension, una riqueza de imaginacion y una potencia de ejecucion, correspondientes á la crisis, y tales como no podian necesitar jamás las generaciones posteriores? Respecto de unos entendimientos sujetos á tales impresiones, excitados por tales sentimientos no modificados y tan enérgicamente obligados á tener cuidado de su accion, el primer lenguaje producido debió recibir una impresion, un carácter más atrevido y más indeleble que el que hubieran podido comunicar los tiempos posteriores, cuando se debilitaron ó dejaron de obrar los primeros resortes de aquella accion vigorosa.

Mas creo que no debemos figurarnos que la divina Providencia, al distribuir el don sagrado de la palabra á diferentes familias humanas, no tuviese otro objeto que la dispersion material del género humano, ó el concederles formas variadas de elocucion; sin duda habia allí un fin más profundo é importante, la reparticion de las facultades intelectuales entre las naciones, porque el lenguaje es tan evidentemente la facultad real, y por decirlo así, la encarnacion del pensamiento, que casi con la misma facilidad podemos imaginar un alma sin cuerpo, que nuestros pensamientos sin las formas de su expresion exterior. Síguese de aquí, que los órganos de las facultades del entendimiento deben á su vez modelar, fiscalizar y modificar su carácter particular, de tal suerte, que el ingenio de una nacion ha de corresponder por necesidad al lenguaje que posee.

La familia semítica, privada de partículas y formas gramaticales propias para expresar las relaciones de las cosas, entorpecida por una construccion que no se presta, y limitada por la dependencia de las voces que provienen de las raíces verbales, á las ideas de accion exterior, no podia guiar el entendimiento á ideas abstractas: por tanto, siempre se emplearon sus dialectos en simples narraciones históricas y en la poesia más excelente, en la que se describen con la sucesion más rápida simples im-



presiones y sensaciones, mientras que ni una escuela de filosofía nacional salió de esta familia, ni aparece en sus composiciones más sublimes ningún elemento de pensamiento metafísico. De ahí procede que las revelaciones más profundas de la religión, las declaraciones más imponentes de los profetas, y las más sábias lecciones de virtud, están en hebreo revestidas de imágenes tomadas de la naturaleza exterior. Bajo este aspecto, el autor del Corán siguió necesariamente el mismo camino.

Pero la familia europea recibió en herencia una admirable flexibilidad en su lenguaje para expresar las relaciones interiores y exteriores de las cosas por la inflexión de sus nombres, los tiempos condicionales ó indefinidos de sus verbos, su tendencia á formar partículas sin número, y principalmente por la facultad poderosa y casi ilimitada de comparar palabras; á lo que hay que añadir la facilidad de variar é invertir la construcción y la facultad de trasladar inmediata y completamente la fuerza de las palabras de una significación material á una representación puramente intelectual. Así, mientras que el ingenio halla en ella un instrumento propio para expresar sus conceptos más elevados, no es ménos poderosa en las manos del filósofo; en ella y por ella se han levantado esos diversos sistemas que en la India antigua, en la Grecia y en la Germania moderna han intentado sondear las profundidades del entendimiento humano, y analizar las formas de nuestras ideas hasta en sus elementos primitivos (1). ¿Y no veis en todo esto alguna cosa que sirve para designios mucho más nobles, cuando estas reflexiones os llevan á considerar el órden observado por Dios en la manifestación de su religión? Porque mientras que sus revelaciones debían más bien conservar-

(1) Como aplicación de estas observaciones, puedo decir que en nuestro tiempo apenas podía nacer la filosofía trascendental en otra parte que en Alemania, cuya lengua posee los signos característicos de la familia más que otra alguna, y que permite más fácilmente ó sugiere el emplear subjetivamente el pronombre de la primera persona; lo cual sería una violencia grandísima en las otras lenguas de Europa para que lo hubiesen imaginado. En latín, por ejemplo, donde no hay artículos, es casi imposible expresarlo; y uno que no supiese más que esta lengua, no habría podido concebir semejante idea.

se que propagarse; mientras que sus verdades se referían principalmente á la historia del hombre y á sus deberes más simples para con Dios; cuando su ley consistía más bien en preceptos de observancias exteriores, que en restricciones interiores; mientras que la dirección era determinada por la agencia misteriosa de los videntes que leían en lo futuro, más bien que por una regla establecida ó una ley inalterable; el sistema entero de la religión estaba depositado en manos de aquella familia humana, cuyo carácter intelectual y lenguaje eran admirablemente conformes para atenerse con tenacidad á las simples tradiciones de los días antiguos, para describir todo lo que había en el exterior del hombre, y prestarse con más eficacia al ministerio imponente de la misión del profeta.

Pero no bien se hubo introducido una importante mudanza en los fundamentos de su revelación y en las facultades á que se dirige, cuando ocurrió manifiestamente una traslación correspondiente en la familia á que se encomienda con evidencia su administración y dirección principal. Exigiendo en consecuencia la Religión, destinada ahora para la totalidad del mundo y para cada individuo del género humano, testimonios más variados para corresponder á las necesidades y satisfacer los ardientes deseos de cada tribu, país y edad, es entregada en manos de otros obreros, cuyo vigor más profundo de pensamiento y cuyo impulso siempre ardiente hacía la investigación pudieran con más facilidad descubrir y manifestar sus inagotables bellezas, y que estudiasen sus relaciones con las verdades de diversos órdenes, con cada sistema diferente de las dispensaciones de Dios, produciendo así siempre nuevos motivos de convicción y nuevos objetos de alabanza. De este modo la sabiduría divina, aunque hizo una é inmutable la sustancia de la Religión, ató en cierto modo sus testimonios y pruebas á la rueda siempre móvil de los esfuerzos del hombre, y los mezcló con los otros motivos de los más urgentes deseos de este, para que cada paso dado en busca de los sanos estudios y de una humilde investigación, les facilite un nuevo adelantamiento y una situación variada, sobre los cuales pueda fijarse un ánimo reflexivo con una admiración siempre creciente. ¿Y cómo ha acontecido esto respecto de la ciencia de la etnografía? Creo que lo habeis visto claramente.

## ACLARACIONES

SOBRE

LA PALABRA, SIGNO GENERAL DEL PENSAMIENTO.—ORÍGEN DEL LENGUAJE.—MEDIOS QUE TENEMOS PARA INVESTIGARLE.—INVESTIGACIONES DE LOS ANTIGUOS.—HUMBOLDT.—HERDER.—RENAN.—ESTADO DE LA CUESTION (1)

### I

La palabra es el poder más grande que existe en la tierra, porque es el que ejerce mayor influencia en el hombre, en la familia y en la sociedad.

Entre el hombre y la palabra que sale de sus labios la relación es tan íntima, que da la medida de su importancia y de su valer. La palabra es la expresión del alma humana; el alma es el poder soberano del hombre, y todo lo que esta soberanía por cualquier medio produce, ejerce en el espíritu de los demás hombres un influjo inevitable. Nunca un alma se revela á otras almas, nunca manifiesta exteriormente su incredulidad ó su fe, su amor ó sus odios, su inclinación ó sus aversiones, sin producir resultado más ó ménos sensible. Y así considerada la soberanía de la palabra, su dominio es tan vasto como poderoso. No tiene por límites las manifestaciones del alma, por medio de los sonidos articulados de la voz, ó por medio de los caracteres permanentes de la escritura; hay palabra, allí donde hay convicción, fe, una manifestación cualquiera del espíritu del hombre.

Tomada en este sentido genérico y trascendental, la pintura es palabra, lo son también la escultura y la música, lo son todas las bellas artes; y cuando por lo que revelan y por lo que expresan llegan á penetrar en el alma, constituyen la elocuencia, que en el fondo no es más que el predominio que un alma ejerce sobre las otras, cualquiera que sea el modo con que lo manifieste ó el instrumento de que se valga para llevar á cabo esa superioridad.

Aún hay más: puede decirse que toda obra ejecutada por un hombre viene á ser una palabra. Todo cuanto hace el hombre es una manifestación del poder del hombre, como todas

las obras de Dios son manifestaciones del poder divino.

Todo obrero, cualquiera que él sea, muestra en su obra lo que él es. La naturaleza entera es una palabra divina; en cada una de sus maravillas muestra algo de Dios; palabra á veces encantadora y dulce, otras imponente y terrible; palabra escrita unas veces con flores, con plantas, con cosechas; otras con astros, con estrellas, con soles; y tanto en la tierra como en el cielo, repitiendo la gloria del Creador y revelando al alma humana su Dios, á pesar de los límites de las perfecciones que en ella hace resplandecer.

Así pues, el hombre, autor de una obra más ó ménos importante y real, habla á la humanidad por la voz misma de su obra; voz á veces tan poderosa y dominante, con ecos tan lejanos y profundos en la humanidad, que á menudo, aun después de largos siglos, conserva todavía la atención en el entendimiento y la impresión en el alma. Y si así sucede aun con las obras en las que tienen una gran parte la habilidad y la industria, con más motivo las del hombre hablarán á la humanidad, cuando estas obras, morales en sí mismas, manifiesten más directamente el misterio del alma que las produce. De ahí el inimitable poderío y la incomprendible elocuencia de esta palabra que se llama el ejemplo.

Para los entendimientos que se gozan con los grandes sucesos, y en los vastos horizontes que los asuntos presentan, sería interesante manifestar en detalle el poder de la palabra ó de la manifestación de las almas, considerada en estas esferas diversas, en las que el imperio y el dominio pertenecen á todo lo que es superior. Pero hay que limitarse, y sobre todo, tengo que decirnos cuál es el poder de la palabra tomada en su acepción más común, quiero decir, la manifestación del alma por medio de los sonidos articulados de la voz, de las actitudes ex-

(1) P. Félix y P. Z. Gonzalez y D. F. García Ayuso, en su notabilísima obra *El estudio de la filología en sus relaciones con el sanscrito*; Madrid, 1871.